

# Carisma, profecía y comunión

**Roberto Catalano**

*A menudo la idea común de la profecía se identifica con el conocimiento anticipado de lo que sucederá, o con la imagen del hombre de Dios que amenaza con el apocalipsis la falta de conversión. Ciertamente que no faltan relaciones con la tradición bíblica, pero los trazos característicos de la verdadera profecía existen también en los falsos profetas, aunque sean muy diversos. El autor nos pinta un cuadro muy vivo de los verdaderos profetas según Dios.*

**R**ECIENTEMENTE un obispo chino me contó una historia de los primeros tiempos de su ministerio pastoral. Él había previsto que un joven sacerdote un día sería obispo y que sería un buen elemento para la unidad de la Iglesia en China. Pasaron muchos años desde aquel encuentro y todo fue como se había previsto. Al fin y al cabo alguien encontraría para que le consagrara en aquella Iglesia China. Hay en cada uno de nosotros un deseo de conocer el misterio de la inseguridad del futuro rey y cruzar ese umbral misterioso de incertidumbre que se cierne sobre nosotros.

### Una profecía especial

La profecía cristiana se distingue de los

diversos intentos de adivinación. No se limita a saber el conocimiento que la divinidad tiene del futuro. Dios, de hecho, no se limita a responder a las preguntas interesantes de los hombres, sino que les pide que lleven una vida coherente con su ley<sup>1</sup>.

Esta es la realidad de los profetas bíblicos, verdaderos “hombres de Dios”, con historias que con frecuencia son extrañas, e incluso rocambolescas. Tradicionalmente, el profeta es el que, a menudo frente a oposiciones fuertes que llegan a la persecución, puede leer lo que sucede a su alrededor e indicar un camino al pueblo elegido. Y lo hace anunciando la Palabra de Dios. El verdadero modelo del profeta es el mismo Jesús, que, como judío de su tiempo, se veía como tal. El ser profeta es una de las claves fundamentales para entender a Jesús en el contexto

hebreo. Se presentaba, de hecho, como un verdadero “profeta”, capaz de anunciar, mostrar y encarnar el Reino de Dios, realizando las esperanzas de Israel y, a través del Pueblo elegido, de la humanidad<sup>2</sup>.

La profecía no se agotó con el Antiguo Testamento y ni siquiera con la dimensión “profética” de Jesús. Los siglos se caracterizaron por una gran cantidad de contribuciones proféticas gracias a hombres y mujeres, a menudo portadores comunes de esta capacidad de leer lo que sucedía a su alrededor. Personas que escuchan, prestan atención y miran con una especial sensibilidad al mundo y a los que viven en él. Evidentemente se trata de una escucha que comienza por Dios. Precisamente siguiendo la voz divina, los profetas reconocen, en las situaciones circundantes, los signos de los tiempos<sup>3</sup>. La profecía es, por tanto, una realidad compleja y el mismo profeta es una persona difícil de descifrar. Su lenguaje nunca es un lenguaje humano, o, al menos, solo humano. «*La profecía que él o ella ofrece no es nunca palabra de él o de ella, sino de Dios*»<sup>4</sup>.

## Profecía y carisma

No raramente en el curso de la historia la profecía ha estado y sigue estando vinculada de distintas maneras a los carismas, dones dados por Dios para leer el Evangelio en el momento actual de la historia y ofrecer pistas para su puesta en acto en el contexto actual. Los Padres de la Iglesia, los Padres del desierto, los grandes protagonistas del monaquismo oriental y occidental, lo mismo que, más tarde, Francisco, Domingo, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila para llegar a don Bosco y Madre Teresa –solo por citar algunos– han sido todos y todas profetas, capaces de escuchar la voz de Dios y anunciar con sus palabras y acciones no tanto «*anticipaciones futuras, sino descripciones de una visión de lo que*

*Dios tiene reservado para los seres humanos en su plan de salvación*»<sup>5</sup>.

Esta capacidad carismática de la profecía, en la tradición de la Iglesia, está, por lo tanto, asociada a la vida consagrada, que, cuando es coherente con la llamada inicial, se manifiesta como verdadero «*testimonio profético*»<sup>6</sup>. De hecho, ser consagrados hoy significa «*ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra... Un religioso nunca debe renunciar a la profecía*»<sup>7</sup>. Este es el reclamo más estimulante entre otros muchos que marcan la Carta Apostólica de Francisco dirigida a todos los consagrados del mundo convocando el año de la vida consagrada en 2014. El Papa Bergoglio, dirigiéndose a grupos de religiosos y consagrados, vuelve sobre este argumento con frecuencia. A la luz de su magisterio y de los documentos recientes<sup>8</sup>, emergen contenidos y dimensiones de la profecía necesarios para que la vida consagrada sea verdadero don de Dios a la humanidad y a la Iglesia.

## Luces del Magisterio: dimensiones específicas

Un primer aspecto que resulta fundamental en la dimensión cristiana de la profecía es «*la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos*»<sup>6</sup>. El profeta «*es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba*». Es capaz de discernimiento y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe responder a otro dueño, sino a Dios, a ningún otro interés fuera de los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y de los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte.

Los profetas siempre *han denunciado* en nombre de Dios, sobre todo cuando las personas alrededor suyo se niegan a vivir una vida humana digna de este nombre.. Amós, Oseas y Jeremías nos lo habían mostrado

## Unidad y Carismas

en el Antiguo Testamento y Jesús mismo condena lo que en el judaísmo corre el riesgo de cerrar el mundo del Pueblo Elegido en una concepción limitada y limitante. No son pocos hoy los consagrados y consagradas que han llegado a dar su vida precisamente porque son capaces de “saber velar” como centinelas en la noche. Nos vienen a la mente los jesuitas mártires en el Salvador, desgarrados por una verdadera guerra civil en 1989. Formaban una comunidad de creyentes no solo comprometidos en la reflexión teológica y filosófica, sino también al servicio de los hermanos pobres y oprimidos en un momento de gran tensión social en el contexto de América Central y Sudamérica. El deseo era transformar esa vida de sufrimiento y explotación, a través de una denuncia que llevaba consigo una verdadera dimensión profética. Este testimonio les habría llevado a la muerte: el 16 de noviembre de 1989, la comunidad fue exterminada por un comando del ejército salvadoreño.

Además, el profeta, dentro de la vida consagrada, es aquel o aquella que con su respectiva comunidad es capaz de *crear algo nuevo adecuado a nuestros tiempos* y a los desafíos que tenemos delante. Se trata de dar vida a «*otros lugares donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo*»<sup>7</sup>. Algo así como las abadías en los tiempos oscuros de la Edad Media de Occidente que fueron puntos de referencia para la vida, la cultura y la supervivencia de las personas, también hoy las comunidades religiosas son llamadas a ser puntos de referencia en los temas críticos de la época contemporánea. De la denuncia se debe pasar a una capacidad creativa por amor del pueblo de Dios.

En este sentido, un aspecto sin duda interesante es el papel que han tenido consagrados y consagradas en el diálogo interreligioso e intercultural en el periodo post-

conciliar. Algunas de estas experiencias son conocidas, otras menos, pero todas han estado y siguen estando caracterizadas por una fuerte dimensión profética. Como los documentos del Concilio –*Ad Gentes, Nostra Aetate, Dignitatis Humanae*– algunos consagrados –Thomas Merton y Bede Griffiths son solo dos de los nombres más conocidos– han contribuido al encuentro entre los seguidores de distintas religiones, en un mundo donde las culturas se estaban acercando a una potencial dimensión de encuentro-enfrentamiento.

## El papel del diálogo y la comunión

Una experiencia particularmente significativa, porque es comunitaria, es la de la comunidad trapense del monasterio Notre-Dame de Atlas de Tibherine en Argelia. El grupo de monjes franceses presentes en el país norteafricano, antes del secuestro y del martirio, eran desde hacía tiempo protagonistas de una experiencia profética. Habían creado un lugar tanto físico como espiritual en *Ribât Es-Sâlam, el Vínculo de la paz*, un grupo de cristianos y cristianas de origen y vocación muy diversos, dispersos por todo el país, y comprometidos a vivir una solidaridad espiritual con los creyentes del Islam abriendo un camino en la Iglesia<sup>8</sup>. Los monjes de Tibherine, aunque solo tres de ellos formaran parte oficial del *Ribât Es-Sâlan*, por mucho tiempo ofrecieron hospitalidad a este grupo de cristianos, a los que, desde 1980, se unieron también varios miembros de comunidad de una confraternidad sufí, seguidores del jeque Ahmed Al-Alawi residente en Médéa, cercano a Argel. Christian de Chergé, prior del monasterio, reconocía la importancia de este encuentro de diálogo y destacaba el papel central del *Ribât* en la aventura de la comunidad de Tibherine<sup>9</sup>. En todos los protagonistas de *Ribat*, experiencia que ha continuado incluso después de la trágica

muerte de los monjes, ha existido siempre la conciencia de que «el vínculo de la paz nació al amparo del monasterio de Notre-Dame del Atlas, en cuanto que Tibherine era ya un lugar privilegiado de la búsqueda de Dios. También para el Islam el monasterio ha tenido un papel de “centinela”, de ser una “lámpara” de la comunidad humana»<sup>10</sup>. En uno de los boletines que dan informes de estos encuentros hubo una confirmación significativa: «La “oración” y la “vida” de los monjes de Tibherine han acogido el nacimiento de este vínculo»<sup>11</sup>.

La experiencia de los monjes franceses muertos mártires en tierras argelinas nos lleva a otro aspecto fundamental de la “profecía”, la comunión y la centralidad de la vida de comunidad. No es posible, de hecho, escudriñar los signos de los tiempos y crear lugares de don, de fraternidad y acogida sin la dimensión comunitaria de la vida cristiana en general y de la vida consagrada en particular. Los religiosos deben ser “expertos en comunión”, indica Juan Pablo II que, mirando al nuevo milenio, marcó el camino para ser casa y escuela de comunión. La comunión es generada por la caridad y «el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, pues se trata de buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles»<sup>12</sup>. Si el papa actual invita a los hermanos y hermanas de otras religiones, junto a los cristianos, a crear una “cultura del diálogo”, llama a los consagrados y consagradas a una dimensión “mística del vivir juntos” y a una “mística del encuentro”, sustentadas por el hecho de que las comunidades religiosas hoy son cada vez más internacionales y, por tanto, multiétnicas y multiculturales. Ofrecen, por tanto, una imagen transversal de la sociedad que los rodea. La profecía de la vida religiosa está profundamente conectada y enrai-

zada en el testimonio que se puede ofrecer a través de comunidades unidas y fraternas. La comunión, de hecho, además de hacer posible la “profecía”, la hace creíble. Pablo VI ya había intuido esto en los días del Concilio Vaticano II y en el periodo turbulento que lo siguió: «Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan..., o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio» (EN, 41).

También hoy, por tanto, el corazón de la vida consagrada está en la capacidad de conjugar “profecía” y “testimonio” para ser signos creíbles e imitables del Reino.

<sup>1</sup> S.B. BEVANS - R. P. SCHROEDER, *Dialogo profetico*, 73.

<sup>2</sup> *Idem.*, 72.

<sup>3</sup> CIVCSVA, *Per vino nuovo otri nuovi. Dal Concilio Vaticano II la vita consacrata e le sfide ancora aperte*. Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2017.

<sup>4</sup> PAPA FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la Vida Consagrada*. Ciudad del Vaticano 28.11.2014. II, 2.

<sup>5</sup> Me refiero en particular a la Carta Apostólica citada más arriba y al documento de la CIVCSVA ya citado.

<sup>6</sup> *Idem.*, II.2.

<sup>7</sup> PAPA FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados...*, cit. II, 2.

<sup>8</sup> Cfr. M. SUSINI, *Cercatori di Dio. Il dialogo tra cristiani e musulmani nel monastero dei martiri di Tibherine*, Edizioni Dehoniane Bologna, 2015, 73.

<sup>9</sup> Cfr. M.C. RAY, *Christian de Chergé prieur de Tibherine*, Bayard Editions-Centurion, Paris 2001, 131 citado en M. SUSINI, *Cercatori di Dio*, 75.

<sup>10</sup> M. SUSINI, *Cercatori di Dio*, 107.

<sup>11</sup> *Idem.*

<sup>12</sup> PAPA FRANCISCO, *Carta a los consagrados...*, cit., II, 3.